

Sin embargo los aúna el haber abierto las mentes de sus alumnos, para verlas cerrarse ante los valores del pasado que no les entran ni quieren admitir. Por esto, *Out of Place*, el libro más personal de Said y paradójicamente el menos político, es también un corolario de su visión actual de la crítica literaria.

Lo que pasó fue que a Said y a sus émulos se les fue la mano. Es más, la idea foucaultiana de que toda representación está mancillada por el lenguaje, cultura, instituciones y ambiente político del que representa, ha hecho que les salga el tiro por la culata, porque si no hay verdades las suyas tampoco lo son. Como acto de conciencia, cuando la Modern Language Association –organización pontificadora de críticos «culturales» y de cualquier último chillido (al que da su *imprimatur*)– lo eligió su Presidente para el año 1999, Said, siempre el contreras, expresó serias diferencias respecto a lo que sigue pasando por crítica literaria en Estados Unidos.² Pero el daño mayor a Said ya estaba hecho, y se extiende más allá de la cada vez más desprestigiada MLA y los revanchistas oportunistas de la santa trinidad de raza, género (sexual) y clase. Wiener se aprovechó de esa percepción, sin contar con que Said siempre ha sido respetado por su crítica, que escribe con una sutil combinación de pasión y racionalismo, como por las lecturas «de contrapunto» que pregona y favorece en *Culture and Imperialism*. Al contrario del típico intelectual público estadounidense, que cree posible estar en connivencia con el «pueblo», Said no hace mea culpas baratos, y es inmóvil en ciertas posiciones radicales, literarias y políticas. Es así porque conoce bien la antinomia absoluta entre el intelectual libresco y el portavoz de poderes, que no es otra cosa que oficialista, así no sea del estado.

Pero como se pregunta el crítico inglés Frank Kermode (en algún momento colega de Said en Columbia) en una reseña de *Out of Place*, ¿por qué se siente «fuera de lugar» cuando su vida no ha sido otra cosa que privilegiada, aún en el «imperio»? Esa queja, más que de los críticos arrepentidos que he mencionado, es la del típico académico «liberal» estadounidense cuyo sentido de culpa lo acompaña y progresa, desde que se formó en la universidad hasta que llegó a enseñar y beneficiarse en ella. Por otro lado, también es la queja de todo exiliado y de cualquiera que se siente fuera de sitio, sobre todo si el trabajo de uno es pensar. En este sentido parte

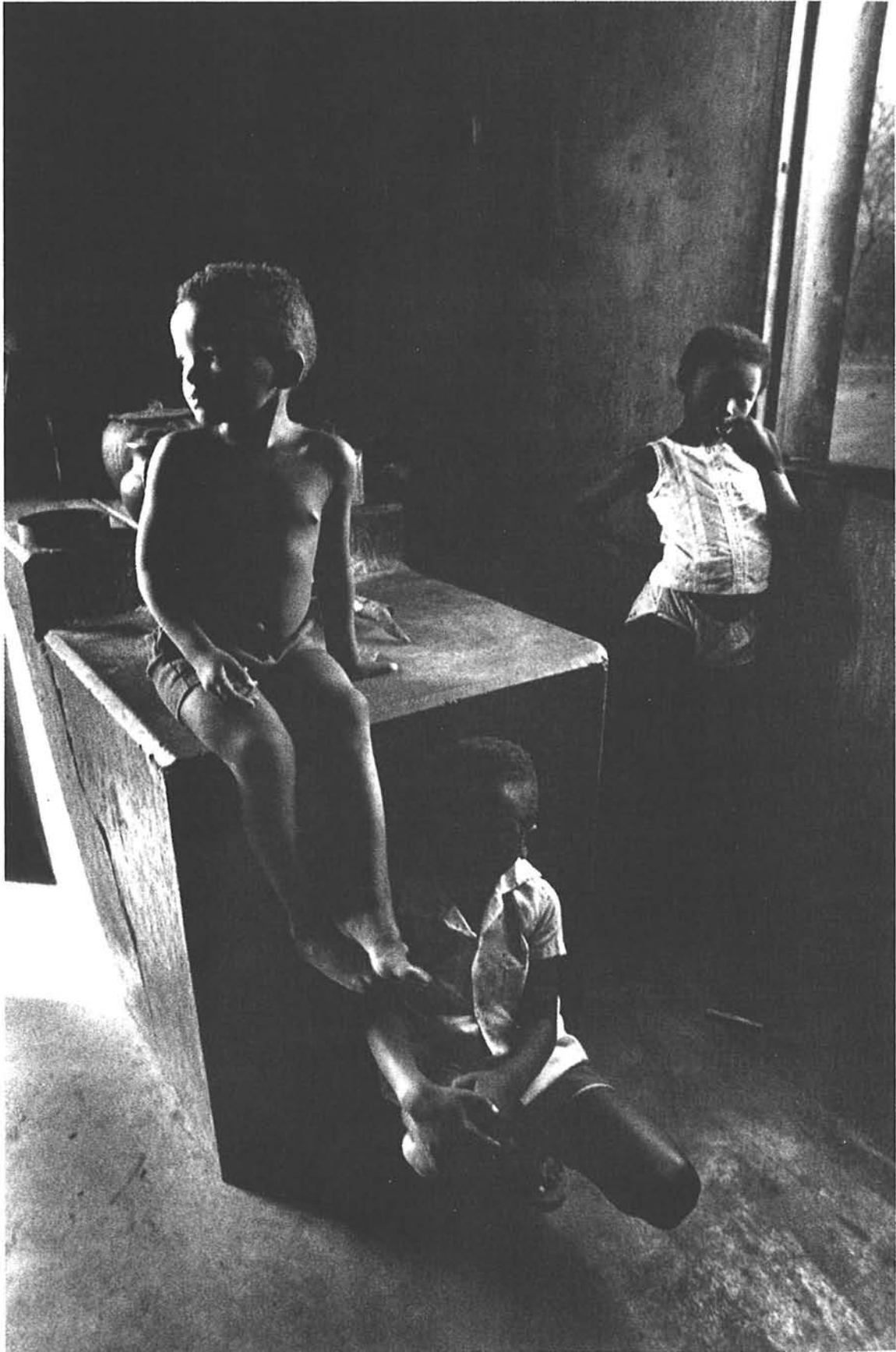
² Principalmente en «Restoring intellectual coherence», *MLA Newsletter* 31. 1 (Spring 1999), pp. 3-4; y «An unresolved paradox», *MLA Newsletter* 31. 2 (Summer 1999), p.3. Pero se puede rastrear su reacción negativa al reduccionismo crítico a su «The politics of knowledge», *Raritan* 11. 1 (Summer 1991): 17-31, en que se defiende, entre otros, de «victimólogos» y de los que erróneamente se quejan de que escriba sólo sobre varones blancos europeos [sic].

de la parábola del crítico arrepentido –a pesar de su espíritu combativo, de la franqueza y claridad de su crítica, y de su condición de superestrella– Said, ni sus pocos pares exiliados en este país, han logrado alterar las pre-visibles expectativas anglosajonas ante el otro. Por lo menos dos reconocidas críticas cuentan que al ir a entrevistar a Said esperaban encontrarse con un hombre sombrío, con acento marcado en la lengua inglesa. La plantilla de literatura fantástica que ellas se habían construido –nada diferente de las que todavía se dibuja, en este país y en partes de Europa antes de conocer a los hispanoamericanos– se les desmoronó al encontrarse con un hombre apuesto, cultísimo, y vestido como un *dandy* inglés, sin el mínimo acento foráneo en las lenguas que habla.

No se nos debe escapar que, paradójicamente y con la salvedad de simpatías ideológicas, se dan ciertos patrones cuando se ataca al otro. Se podría mostrar que Weiner y Stoll (respecto a Menchú) conducen una búsqueda de minucias biográficas, presentan ataques e insinuaciones respecto a la motivación del texto autobiográfico, construyen evidencias selectivamente, proveen explicaciones tardías sobre términos que se han usado en su acepción «no occidental» (así, la casa de Said no es su casa ni su «hogar»), y que en última instancia muestran brechas en los hechos relatados. Quedándonos en Said, ¿qué tiene que ver todo esto con su postura política? No se puede justificar sus acciones diciendo que, como todo profesor de humanidades, tiene pajaritos en la cabeza, porque su crítica y política son muestras fehacientes de lo contrario. Pero sí se puede decir que tiene todo derecho a equivocarse y hasta a exagerar, y por el mismo pluralismo democrático que le permite errar tiene el deber de responder a sus críticos. Hasta esta fecha lo sigue haciendo, y sí, se la van la mano y la pasión. Pero lo que pasa es que puede decir verdades que hieren de una manera irrefutable, y así cabe perfectamente en la esfera intelectual judía de Nueva York, como un Alfred Kazin o Lionel Trilling. Precisamente, por *Beginnings* (1975), su primera colección de crítica estrictamente literaria, recibió el primer premio «Lionel Trilling», otorgado por Columbia University para homenajear al prolífico antecesor de Said en el departamento de literatura inglesa.

Said sabe distinguir entre ética de convicción y ética de responsabilidad «inmediata» (léase la «temporaria» del intelectual estadounidense que se enamora instantáneamente de cualquier causa que se le presente como «progresista»), y, sin el dramatismo de Edith Piaf, no se arrepiente de nada. La mayor contribución de la polémica en torno a Weiner y *Out of Place* es cuestionar las maneras en que ciertos testimonios adquieren autoridad y otros no. También muestra que se necesita un sentido histórico y memoria

locales que no recurran a los regionalismos plañideros renovados, que no hacen otra cosa que coincidir con el multiculturalismo actual (versión USA). No extraña que ahora que está gravemente enfermo los homenajes que se le hacen sean literarios, y que con las defensas que se hace de él se vuelva a la lección de que rara vez coinciden el esteta y el político. Sus detractores políticos nunca se enteraron de que para un crítico la consistencia ideológica es menos importante que su capacidad para ilustrarnos literariamente, ni tampoco que Said demuestra que las armas del entendimiento literario son necesarias para que se examine los dominios culturales, sobre todo cuando crean monstruos. En ello yace la «ejemplaridad» que Juan Goytisolo señaló hace años en *El País* para la política de Said, o Tzvetan Todorov para su visión del orientalismo, y que aquí extiendo al resto de su trabajo crítico. Y por eso Said y su obra siguen siendo la vara con que se mide el valor ético e intelectual del comparatista, como si fuera un Auerbach o su maestro Harry Levin (aunque dice en sus memorias que nunca quiso ser discípulo de nadie ni que otros lo sean de él). A Said no se le encontrarán trapos sucios, y la presunta polémica en torno a su actitud sociopolítica no tiene nada que ver con su ideología sino con un agazapado e intransigente detractor que emula al peor tipo de crítico literario relativista. Después de todo, la moraleja es que el *outsider* distinguido siempre será más distinguido que *outsider*, sobre todo en una esfera intelectualmente hastiada como la que Said ha elegido como su lugar desde hace cinco décadas. Como dice en *Representations of the Intellectual*, «nunca solidaridad antes que crítica», consigna que se puede extender al arrepentimiento que ahora le hace restaurar la sensatez al humanismo infinitamente quisquilloso de hoy.



Niños (1975)